

SECCIÓN DE OBRAS DE ANTROPOLOGÍA

---

EL ZORRO Y EL CUERVO

*Estudios sobre las fábulas*



Wenceslaus Hollar (siglo XVII).

CARLOS GARCÍA GUAL

EL ZORRO Y  
EL CUERVO

*Estudios sobre las fábulas*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ECUADOR - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> .....	11
<i>Introducción:</i> La fábula esópica: estructura e ideología de un género popular. ....	17
I. Los animales en la literatura griega: de los símiles a las fábulas .....	39
1 .....	39
2 .....	41
3 .....	44
4 .....	48
5 .....	50
6 .....	53
II. Tradición, traducciones y estructura de la fábula esópica .....	57
Mecanismo simple y estructura de la fábula .....	63
El zorro y el cuervo. ....	65
Antiguas .....	65
Medievales .....	66
Modernas .....	66
III. Esopo: “El cuervo y la zorra” .....	67
1 .....	67
2 .....	70
IV. Fedro: “La zorra y el cuervo” .....	75
1 .....	75
2. Fedro bajo el nombre de Esopo .....	80

V. Babrio . . . . .	83
VI. <i>Roman de Renard</i> (Rama II) . . . . .	91
VII. Dos versiones divergentes y dos estilos: Don Juan Manuel y el Arcipreste de Hita . . . . .	101
VIII. La Fontaine . . . . .	113
IX. Samaniego . . . . .	127
X. G. E. Lessing y J. E. Hartzenbusch. . . . .	133
XI. Una variación sobre el tema: R. J. Crespo. . . . .	143
XII. Franz Grillparzer. . . . .	149
XIII. Una versión rusa oral . . . . .	151
XIV. Los triunfos del zorro: una estampa y un modelo . .	153
<i>Bibliografía</i> . . . . .	163

Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempos de Guisopete, fuera menos mal...

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote*

¿Hablan los gatos igual que las vacas o las vacas igual que los gatos?

MARK TWAIN, *Las aventuras de Huckleberry Finn*

Para filosofar a la esopiana, no hay más reglas que seguir las pisadas de los buenos fabulistas, presentar las moralidades con aire de gracia y novedad, derramar festividades a manos llenas, abundar en naturalidad de expresión, ser caudaloso en sales áticas, poseer bien el arte del diálogo, y estar dotado de un tacto de espíritu muy delicado.

RAFAEL JOSÉ CRESPO, *Fábulas morales y literarias*

## PRÓLOGO

El género literario de las fábulas ha tenido una larga y muy prolífica tradición desde sus inicios, en la época arcaica griega, y hasta bien avanzado nuestro siglo XX. Esos breves relatos de aire alegórico protagonizados por animales parlantes encontraron su inventor y patriarca archifamoso en el fabulista Esopo, singular escritor del siglo VI a.C. —o tal vez un pintoresco personaje de ficción protagonista de un relato, la curiosísima *Vida de Esopo* escrita hacia esa época y que suele acompañar la edición de las fábulas esópicas—. Aunque antes, hacia el siglo VIII a.C., la primera fábula griega que conocemos —“El halcón y el ruiseñor”— se encuentra ya en Hesíodo, y si bien otros poetas líricos arcaicos griegos —como Arquíloco— introducían fábulas en sus poemas, Esopo es considerado el creador de la primera y paradigmática colección de fábulas. Conviene subrayar ese dato: al presentarse escritas y en el marco de colecciones se consigue que las fábulas se transmitan en Grecia como un género literario propio.

Está atestiguado que muchos siglos antes, en Mesopotamia y en Egipto, se compusieron breves relatos de aire fabulístico, en relación con textos gnómicos, y que ya hubo una tradición escrita y antes oral de historietas de bestias parlantes. Es bien conocido que también en la antigua India encontramos textos de corte fabulístico —como los recogidos en el *Panchatantra* (s. V a.C.) y, mucho más tarde, en el *Hitopadesa* (s. XII d.C.)—. Pero no está claro que esas fábulas hayan influido directamente en las esópicas, y tampoco nos interesa ahora esa posible transmisión, tal vez oral.

Lo cierto es que ya en pleno siglo V a.C. las fábulas de Esopo eran muy populares en Atenas, pues Sócrates trataba de ponerlas en verso en sus últimos días, según cuenta Platón en el *Fedón*, y por la misma época Aristófanes las cita en varias comedias. Fue muy importante, y atestigua el prestigio del viejo fabulista, que, para asegurar la buena conservación del conjunto de las mismas, el sabio Demetrio de Falero, el discípulo de Teofrasto, alumno de Aristóteles, las recogiera en una cuidada “edición” muy a finales del s. IV a.C. De esa edición dependen, a la larga, la mayoría de las fábulas más antiguas.

Es curioso advertir que la fábula no tuvo un nombre propio, pues en griego se la designaba como *logos*, *mythos* (“relato” o “ficción”), o *ainos* (“ejemplo”). En latín se usó el término también muy general de *fabula*, y luego casi como sinónimo, por su uso retórico, el de *exemplum*. Las fábulas, relatos breves, siempre destinados al recuerdo y la cita rápida, podían contarse tanto en prosa como en verso. Pero ciertamente fue la versificación lo que confirió a algunas colecciones de fábulas su mayor prestigio literario –sobre todo cuando fueron reelaboradas por grandes poetas de chispeante estilo y gran sentido del humor, como el latino Fedro o, mucho más tarde, el francés La Fontaine, el germano Gellert o el ilustrado Samaniego–.

Por otra parte, conviene distinguir entre los traductores, más o menos libres, de los apólogos esópicos y los imitadores que, siguiendo un patrón genérico, fabricaron nuevos relatos “a la manera esópica”, con enorme inventiva original. Recordemos que ya Fedro distinguía atinadamente entre los dos tipos de fábulas: las *fabulae Aesopi* y las *fabulae aesopicae*. (Un ejemplo de esa distinción lo tenemos en nuestros fabulistas dieciochescos: Samaniego versifica los ejemplos de Esopo, mientras que Iriarte compone con figuras propias fábulas inventadas a la sombra de los modelos helénicos).

En los libros latinos de Fedro (s. I d.C.) y más tarde en los de Babrio (s. III d.C.) la fábula encontró un nuevo impulso



poético y crítico. Más tarde Aviano (s. IV) y el llamado “Romulus” (s. IX) dieron nuevos textos a la colección de fábulas que gozó de amplia difusión en la Edad Media. Durante siglos fue bajo el nombre de “Esopo” como se transmitieron los relatos de Fedro y de Aviano, que, a su vez, inspiraron nuevas fábulas en verso, conocidas con el nombre de *Isopet*. Valga como ejemplo la versión de María de Francia (a finales del s. XII) o la inglesa de un tal Walter, de la misma época. El género dio lugar también a una estupenda saga de afán satírico y atmósfera “épica”: el *Roman de Renard*, extenso poema de parodia caballeresca con múltiples ramas (*branches*), donde el zorro resulta ser el protagonista astuto y tramposo de una serie de aventuras crueles en un mundo feudal y “cortés”, con múltiples episodios donde las figuras de los animales, travestidos como nobles de la época, actúan en un animado y dramático escenario. (El rey es el león; el lobo el malvado burlado; el zorro un cínico). Por la misma época penetra en la literatura europea la fábula india con *Calila e Dimna*. Y hay numerosos ecos de unas y otras fábulas en autores como el Arcipreste de Hita.

En el Renacimiento y los primeros tiempos de la imprenta las colecciones de fábulas siguen teniendo amplia resonancia. Clara muestra de ello es el enorme éxito de la primera versión impresa de las mismas, la que hizo, en traducción latina, Heinrich Steinhöwel en Ulm en 1476. Con el título de *Esopo* se trataba, en realidad, de una versión latina del “Romulus” medieval, que ofrecía la curiosa vida del fabulista, precediendo a las fábulas, en latín, con una serie de ilustraciones en atractivos grabados. La obra tuvo muy extraordinaria acogida y se convirtió en uno de los mayores éxitos editoriales del tiempo. Antes de 1500 salieron de las prensas europeas, sobre todo las italianas, nada menos que ochenta ediciones de Esopo. Hubo más de doscientas reimpresiones en los siglos XV-XVI, y se multiplicaron las traducciones a diversas lenguas: al italiano, español, francés, inglés, holandés, danés y checo, y más tarde hasta

en japonés y azteca. La primera edición española fue la impresa por Johan Hurus en Zaragoza, en 1489, en una traducción hecha a partir de la versión latina de Lorenzo Valla, de 1439; el libro tiene los mejores grabados de la época. Anteriormente se había editado en Valencia, en latín, hacia 1480.

A finales del siglo XVI, en 1596, se edita la primera edición del texto de Fedro, redescubierto por el francés Pierre Pithou. En el siglo XVII parece apagarse el fervor europeo por el mundillo esópico. Es ya bien mediado el siglo cuando aparece el libro que va a renovar y reavivar el gusto por la fábula. Marca el momento el librito de La Fontaine, *Fables choisies mises en vers*, de 1668, al que le seguirán, en veinticinco años, otros once (el último en 1694). Con su talento poético y su fino sentido de la sátira social Jean de La Fontaine colorea y, con un estilo muy personal, moderniza los antiguos apólogos clásicos, y compone otros, a la manera esópica, que rivalizan en sutileza y gracia con los heredados. El éxito de La Fontaine fue extraordinario, y se mantuvo como un *best seller* durante bastante tiempo. (De sus *Fables* hubo al menos 125 ediciones en el siglo XVIII y más de 1 200 en el XIX). Fue muy leído y su estilo genial suscitó pronto una muchedumbre de imitadores, no solo en Francia, sino en toda Europa.

Se ha escrito que el XVIII fue “el siglo de oro de la fábula”. Una lista de los fabulistas del XVIII en las diversas literaturas europeas sería larguísima, de modo que bastará con recordar aquí algunos de los más famosos; casi todos autores de fábulas en verso. En Francia, Florian; en España, Iriarte y Samaniego; en Alemania, Gellert y Lessing; en Inglaterra, J. Gay; en Polonia, I. Krazinski; en Rusia, Krylov, etc. La lista podría seguir con algunos nombres ilustres del XIX y de comienzos del XX, como el ruso Tolstoi, el americano A. Bierce, el español Hartzbusch, la inglesa B. Potter, etc. En fin, la nómina de fabulistas del XVIII y el XIX se haría inagotable. (La española se vio muy aumentada por los fabulistas de Hispanoamérica que fue-

ron numerosos). Siempre a partir de los modelos y esquemas antiguos surge la parodia de viejos motivos, pero con personajes mucho más variopintos que los del zoo esópico, y se acentúa la ironía y se moderniza la crítica social, como se advierte en los italianos Trilussa y Pancrazi (*L'Esopo moderno*), o en las más modernas *Fables* de J. Anouilh (ya de 1961).

Frente a la boga del género fabulístico en el XVIII y aún en el XIX, lo que queremos destacar es el eclipse del mismo en nuestros días. Las fábulas, con su didactismo ético, sus parleras bestias y su humor, aumentaron su difusión popular al convertirse en lecturas programadas en la enseñanza infantil (y por eso fueron criticadas por J. J. Rousseau en su *Emilio*). En un principio, sin embargo, notemos que la fábula no nació destinada a esos usos pedagógicos, que luego asumió como un regalo ambiguo.

En fin, como el lector habrá advertido, he querido destacar de modo muy resumido y recordando solo algunos nombres de ilustres fabulistas, cuán largo y extenso fue el prestigio de esas colecciones de apólogos o fábulas durante siglos y siglos, desde su origen helénico y clásico, con un propósito preciso: el de advertir cómo toda esa narrativa fantástica, de origen docto y de notable resonancia popular, se ha eclipsado en nuestra época. Traduciré unas cuantas líneas de Erwin Leibfried, un buen estudioso de la tradición de las fábulas, que me parece un claro testimonio de esa decadencia y muerte del género:

El pasado más reciente es pobre en nueva literatura fabulística. Las fábulas llevan ahora una existencia de museo: propiamente no se escriben ya nuevas fábulas; las antiguas son aún reeditadas y leídas, pero fundamentalmente por niños. La fábula ha cumplido y agotado su papel; su típica función como transmisora de una enseñanza moral o de sabiduría para la vida está caducada.

En el mercado literario aparece en cambio literatura de animales con las más variadas formas; esta representa en

cierto modo un sustituto de la antigua fábula, al menos en lo que respecta a su notable función psicológica: satisface el deseo del público lector de un género literario en el que los animales juegan un papel significativo.<sup>1</sup>

Creo que ese es acertado: el tiempo de las fábulas de abo-lengo y legado esópico pasó. La fantasía infantil hoy se divierte más con otros relatos fantásticos protagonizados por animales parlantes mucho más variados; y la lección moral de los viejos apólogos no sirve ya a los poetas ni a los predicadores. Pero justamente por ese motivo —o también por ese motivo—, de ser un género clásico arrumbado ya en el desván de la literatura, pero con una tradición de innegable inventiva y muy larga resonancia y prestigio, vale la pena asomarse a la historia de la fábula y recordar ciertos momentos de esa tradición que empieza en la antigua Grecia con el taimado Esopo como maestro de tan singular narrativa. Esopo, feo y esclavo, fue, como Ulises, un héroe de la ficción y de la astucia, el guardián de un zoológico fabuloso, una figura inolvidable de la literatura universal.

Nuestro breve libro comprende dos secciones: una alberga varios ensayos sobre el género de la fábula, subrayando sus rasgos distintivos, y la otra, un ejemplo de las notables variantes de una misma fábula, una de las más conocidas, la segunda en el primer libro de La Fontaine, que ha ido revistiendo nuevos colores y matices en su transmisión a lo largo de siglos y en diversas lenguas. Creo que el análisis de ese recorrido es un buen ejemplo de literatura comparada, y podría aplicarse a otras de la admirable colección propalada en la literatura europea desde hace más de veinticinco siglos.

C. G. G.

*Diciembre de 2015*

<sup>1</sup> E. Leibfried, *Fabel*, Stuttgart, edición a cargo de J. B. Metzlersche, 1967, p. 87.